

La edición pobre

Gabriela Torregrosa

Editora y traductora

«L'exercice d'un métier est déjà en soi une activité politique.»

Thierry Discepolo, *La trahison des éditeurs*¹.

Si, retomando el planteamiento de Discepolo, y como decía André Schiffrin, la edición representa un microcosmos de la sociedad de la que forma parte, un reflejo de sus grandes tendencias y, en cierto modo, una fábrica de sus ideas, quizá haya llegado el momento de preguntarse qué modelo de sociedad queremos que refleje y qué tipo de ideas queremos que fabrique la así llamada edición independiente. Y si no, necesitaremos de una nueva etiqueta para dar cuenta de un tipo de edición que, esta vez sí, haga de su oficio una actividad militante no sólo en los libros que publica, sino también en los instrumentos de los que se sirve para fabricarlos. Y poco importa si publicamos ensayo o poesía, poemas dadaístas para rojos peligrosos o cuentos de autores olvidados del XIX. Ésta es una cuestión, además, que afecta a todos los actores de la cadena del libro: escritores, autores, libreros, traductores, editores... y lectores.

Los editores de ensayo crítico en Francia, que Sophie Noël² analiza detenidamente, ilustran bien este tipo de edición entendida como actividad militante, de independencia encarnada por una concepción económica, intelectual y política determinadas, y que podríamos resumir en tres puntos:

1. Edición española: *La traición de los editores*, Trama editorial, Madrid, 2013.

2. Sophie Noël es profesora de Sociología en la Universidad Paris 13 y en Paris 1. Es autora de la obra *L'édition indépendante critique : engagements politiques et intellectuels*, Presses de l'Enssib, Lyon, 2012.

- Defensa de la diversidad contra la estandarización de la producción.
- Rechazo a someterse a lógicas puramente mercantiles en nombre de la autonomía de la producción intelectual.
- Voluntad de concebir los libros como armas particularmente poderosas en la lucha por las ideas.

En España, como en cualquier otro país gobernado por una lógica de mercado (¿queda alguno que no lo esté?), existen no pocos ejemplos de esta falta de adecuación entre los contenidos que se publican y los instrumentos utilizados para hacerlo; son las paradojas del mercado, ese ojo ciego (ni bueno ni malo, *hélàs*) ante cualquier consideración ajena a la pura rentabilidad. ¿Por qué todos los libros sobre la economía del bien común y la responsabilidad social individual que inundan en estos últimos años los escaparates de las librerías son editados por grandes grupos editoriales? En España, el ejemplo paradigmático de esta falta de coherencia, por tratarse precisamente de una denuncia de los males del sector, es el de la publicación de André Schiffrin por un gran grupo editorial. Y que no se apele a la necesidad de una distribución adecuada del libro: a estas alturas de la película no debe de quedar ya nadie tan ingenuo como para pensar que una cosa viene a compensar la otra.

Muchos editores independientes dirán que sus catálogos son ya en sí una forma de posicionamiento, y así, parapetándose tras de ellos, podrán alzar bien alta la bandera de la rendición: «Yo de política no quiero saber nada». Mucho me temo, señores editores, que esa capitulación, ese no querer saber, es ya una toma de posición política, y no precisamente una de las que van a salvarnos de los peligros que acechan la bibliodiversidad. Precisamente, no hace mucho, Manuel Gil se lamentaba en su blog *Antinomias libro*³ de esta ausencia de responsabilidad cultural, política e ideológica de la edición, de la incapacidad para posicionarse frente a lo que está ocurriendo en el mundo de la cultura. Parece que en tanto que no nos toquen el IVA reducido podremos seguir respirando. Mientras tanto, retirarán las ayudas a revistas culturales, a las bibliotecas... El Estado dejará de velar por la bibliodiversidad amparándose en el viejo principio liberal de la selección natural, no por repetido *ad nauseam* menos falaz. ¿Cuándo oiremos una voz disonante?

Y como lectores, último eslabón de la cadena del libro, ¿podemos posicionarnos? En un encuentro de editores independientes que se celebró en Ma-

3. Manuel Gil, «Silencio, se edita» [en línea], en *Antinomias libro*, 6 de marzo de 2014, <http://antinomiaslibro.wordpress.com/2014/03/06/silencio-se-edita/>

drid el año pasado, escuché una interesante analogía entre el producto libro y los productos ecológicos. Y es que, ahora que están tan de moda las tiendas ecológicas (*bobo-chic*), que parecemos tan concienciados sobre la necesidad de recurrir al comercio local; ahora que parece que todo hijo de vecino quiere saber de dónde viene la col que se va a comer y si la gallinita que ha puesto los huevos que va a freír con esmero ha vivido al aire libre y se ha alimentado de maíz no transgénico... ¿Por qué no interesarnos de igual modo por la proveniencia de los libros que leemos, por las condiciones en las que sus trabajadores han producido los contenidos con los que nos deleitamos? ¿Se imaginan a alguien diciendo: yo no compro libros de la editorial X porque los imprimen en China, ese país tan democrático? Pues eso. Quizá haya llegado el momento de comprometernos y de ser coherentes. ¡Qué cosa tan difícil ésa de la coherencia, señores! Por otra parte, parece que la edición, por haber estado siempre rodeada de esa aura de prestigio intelectual, no pudiera ser sospechosa de pagar a sus colaboradores con tarifas más propias de una fábrica textil de Inditex en Camboya...

En fin... Comoquiera que la etiqueta «independiente» no parece llevar consigo una toma de posición política, se hace necesario acuñar una nueva denominación para esos actores de la cadena del libro que sí han elegido posicionarse y ser coherentes. Para ello, Michel Valensi⁴ interroga su catálogo en busca de una justificación a la reiterada fórmula «Independencia = Libertad». ¿Es deseable la independencia? No depender de nada ni de nadie, ¿es deseable? En verdad, como decíamos, la etiqueta *independiente* no acaba de reflejar las inquietudes de aquellas editoriales «donde coinciden concepciones económicas e intelectuales, pero también políticas, que las posicionan frente a ciertas derivas asociadas a la evolución del campo de la cultura en general». Valensi concluye que lo que todos estos editores comprometidos realmente tienen en común es la falta de recursos, el moverse en los intersticios del sistema, el editar en la precariedad. Una edición pobre concebida no como una imposición, sino como una opción vital, como un rechazo de la edición rica, sometida a la lógica implacable del mercado y ajena a cualquier tipo de responsabilidad social.

En este sentido, la editorial francesa La Fabrique, una de las editoriales «independientes» que gozan de más prestigio en Francia, es un ejemplo de editorial crítica que ha sabido hacer de la necesidad virtud y cuyo catálogo es una demostración palpable de este saber conjugar la prudencia económica con la audacia intelectual. Y, según Stella Magliani, una de sus editoras, ¿cuál

4. Michel Valensi es el responsable editorial de Éditions de l'éclat.

es la vocación de la editorial La Fabrique? No crecer. Ése ha sido su empeño desde su fundación en 1998. Quedarse en los 10-12 títulos que publican ahora al año. ¡Viva la edición pobre!

Se reproduce en este número de *Texturas* el manifiesto de ODEI (Observatorio de Editores Independientes), un colectivo formado por 125 editoriales italianas que comparten una «afinidad sobre el discurso político de mutación social». Un manifiesto que pinta un panorama editorial desolador. ¿Qué pasaría si nos dijese que la bibliodiversidad está en peligro y que sólo ella garantiza la existencia del libro como herramienta de conocimiento y de libertad? ¿Que el libro puede llegar a convertirse en una herramienta de manipulación y de transmisión del pensamiento único? ¿De verdad queremos que nuestros hijos (presentes o futuros, ajenos o propios) vean limitado su derecho a elegir el tipo de libros que quieren leer?

ODEI nos ofrece como corolario de su manifiesto una serie de propuestas prácticas que nos permitan hacer frente a este estado de cosas. No se puede pensar el libro excluyendo conceptos tales como escuela, difusión cultural, acceso al conocimiento, a la cultura, pues el libro es un ecosistema complejo, y la edición pobre una garantía de su bibliodiversidad. Entre sus propuestas destacaremos la del papel que ha de jugar el Estado a la hora de corregir los desequilibrios del mercado. Y la de la necesidad perentoria de agruparse y de posicionarse.

Veremos que, al margen de las especificidades de la realidad italiana, no hay un solo punto de los denunciados por ODEI que no sea aplicable de igual modo a la realidad española. El reciente anuncio de la compra por parte de Penguin Random House (propiedad del grupo alemán Bertelsmann) de Ediciones Generales de Santillana (Alfaguara, Taurus, Aguilar, Suma de Letras, Punto de Lectura, etc.) no es más que un ejemplo de una tendencia que se ha agudizado en los últimos años y que –no nos cansaremos de repetirlo– pone en peligro la bibliodiversidad.

Para terminar, veremos que la edición pobre no está exenta de peligros, debe enfrentarse a sus propios desafíos; peligros sobre los que curiosamente los tres textos que aquí se publican coinciden en alertarnos. Si no queremos encontrarnos un día con que nuestras prácticas editoriales contradicen *de facto* los textos que publicamos, las ideas que (decimos que) defendemos:

El tema de su autoexplotación, y la de otros [...] constituye a menudo un punto ciego para estos editores, más aún cuando muestran una tendencia a ocultar los propios principios éticos que defienden y que les empujan hacia las prácticas de las «grandes» estructuras en cuya oposición se definen.